

## Cuaderno de Notas

*Marcos Lijtenstein*

### La queja

La queja es una institución conservadora.

Por eso el quejoso elige (o elegimos todos para nuestro lado quejoso) interlocutores dispuestos a una receptividad confirmatoria. Si el interlocutor muestra que hay vías para modificar la situación o los vínculos en los cuales se apoyan las quejas, será desoído, o levantará protestas, o se le buscará un sustituto total o parcial (es decir, en este último caso, sólo para las quejas). Ya que a través de esa devolución, el sujeto quejoso se siente amenazado.

Si el interlocutor es el psicoanalista, quedará enfrentado al Proteo de las resistencias.

Valdría la pena seguir estas consideraciones en el pasaje al ámbito de la psicología colectiva, donde los efectos se multiplican. De pronto se observa —para mencionar un solo ejemplo que no pretende ser novedoso— cómo los individuos se mantienen progresistas, a condición de clivar sus aspectos conservadores, de los cuales hacen depositaria a la institución que los nuclea.

### Introspección

Paradoja de la introspección: el ojo que mira es, a la vez, el ojo al que mira.

Tan ocupado en mirar y ser mirado, esos menesteres le impiden al ojo jugar los juegos de la propia mirada. Se pierde lo mejor, porque le ha faltado lugar para otro ojo, con su mirada.

### Etcétera...

“Etcétera, etcétera”, dicho o pensado con énfasis y buena acentuación, es una fórmula que coima al espíritu narcisístico-obsesivo: —Todo lo que no dije, no es que no pueda decirlo, no es que no pueda pensarlo, no es que haya escapado a mi control. Todo, absolutamente, está abarcado por mis prolijos y contundentes etcéteras. (La formulación incluye el regodeo por tanto “no” dicho a título de “sí”: es que a cada “no” yoico, el superyó se conmueve por tamaña adhesión a sus prohibiciones, a la vez que ello goza de la astucia con que sus pulsiones obtienen el “sí” tan bien enmascarado).

Así, de la mano de los etcéteras, se puede jugar a que nos sustraemos al desasosiego, a la brecha, a las jimitaciones, a lo que escapa, etcétera.

## Hijos que irritan

Es difícil interrogarnos con asombro irritado: — *¿así que éste soy yo?*

Esta dificultad ha de estar en la base de muchos enojos de los padres con sus hijos, particularmente aquellos del mismo sexo (en el sentido de los que de manera más directa pueden tomarlos por sus modelos identificatorios).

O sea que: muchos cuestionamientos paternos; muchos reclamos de cambios que van más allá de la espera de otros modales u otras actitudes; muchas imposibilidades de entenderse o, peleas mediante, de reconciliarse, se podrían deber a ese no quererse ver espejado uno en el otro.

Ese otro que siendo el hijo —en parte constituido con las entrañas de uno mismo, esto es, siendo *en parte* nuestro entrañable representante—, nos impone lo que no queremos vernos, lo que preferimos pensar que es falla de su exclusiva cuenta (o, en todo caso, debida a la influencia del otro progenitor).

Muchos irritados enojos de los padres con sus hijos están pues sostenidos por el desplazamiento proyectivo: No me muestres con tu innegable aire de familia todo eso (que no me gusta de mí), que me molesta tanto en ti y que con seguridad nunca viste en mí, ni recibiste de tus abuelos (si habla el padre, los paternos, si la madre, los maternos; aquí se reabre el espacio para las imputaciones cruzadas).

## Padres que estorban

No quiere lo precedente alentar el envalentonamiento de los hijos. En el conflicto generacional no es tan fácil distribuir méritos y deméritos: por aquí los justos, por allá los injustos. Tiene dos puntas el cordón umbilical; no polaricemos el conflicto entre padres e hijos como si de un único polo se tratase: le haríamos mal a los sujetos involucrados, con seguridad comprenderíamos mal la trama de la historia. En vez de propiciar la creación, quedaríamos enredados con la repetición. Como bien se ve a menudo: hijos que quejándose de palabra de sus padres, proceden a su turno con sus hijos, de la misma forma que les reprochaban a los progenitores. Es que los juegos identificatorios —es evidente— no corren para un solo lado y si unos proyectan como el que peor, otros introyectan como el que mejor.

## Sin moralina

Se facilita el manejo elaborativo de estas cuestiones si no se las mira con una lente de moralina. Se gana mucho descubriendo en nosotros la matriz de algunos “defectos” de los hijos, así como en los padres la matriz de algunas *de las que* apreciamos como nuestras originales “virtudes”. Y reconociendo que somos más propensos a investir el tufo de un defecto, si es propio (volviéndolo menos defecto), que el perfume de una virtud, si es ajena (volviéndola menos virtud).